

— Hay más, monseñor: puede acontecerme alguna desgracia, y ya que no me es posible dejarla mi persona, quiero al menos que la quede mi nombre por apoyo. Muerto yo se encuentra sin recursos, porque es huérfana. Al salir de Nantes he hecho testamento, en el cual la dejo todo lo que poseo. Monseñor, cuando yo muera, que quede ella viuda... ¿es posible?

— ¿Quién se opone?

— Nadie; pero yo puedo ser preso mañana, esta noche, al salir de esta casa.

El regente se estremeció al observar tan extraño presentimiento.

— Supongamos que me encierran en la Bastilla, ¿creéis que obtendré la gracia de casarme con la huérfana, antes de perder la vida?

— Estoy seguro de ello.

— ¿Emplearéis, monseñor, todo vuestro influjo para que se me conceda? Jurádmelo para que os bendiga; y cuando puesto en el tormento piense en vos, no se me escapen más que acciones de gracias por el favor que me dispensáis.

— Os prometo bajo palabra de honor, caballero, contestó el regente enternecido, que esa joven será para mí sagrada, y heredaré en mi corazón todo el afecto que involuntariamente experimento por vos.

— Ahora, monseñor, dijo Gastón, una palabra más y me despido.

— Decid; os escucho con profunda simpatía.

— Esa joven ignora mi proyecto, las causas que me han traído á París, y la catástrofe que nos amenaza; porque no he tenido valor para decirle todo esto. Decídselo, monseñor; preparadla para este acontecimiento, pues yo tal vez no la volveré á ver sino para ser su esposo. Si por acaso la viese un momento antes de dar el golpe que me ha de separar de ella, quizás temblaría mi mano, y mi mano no debe temblar.

— Por la fe de caballero, repuso el regente conmovido en extremo, os juro que no solamente esa joven será para mí un depósito sagrado, sino que haré por ella todo lo que deseáis.

— Entonces, monseñor, ya puedo marcharme.

— ¿Y dónde está la joven? preguntó el regente.

— Abajo, en el coche que nos ha traído; dejad que me retire, y decidme únicamente dónde dispondréis que habite.

— Aquí, caballero; esta casa que está desocupada y que es muy decente para una doncella, será la suya.

— Monseñor, dadme vuestra mano.

El príncipe tendió la mano á Gastón, y acaso iba á hacer una nueva tentativa para detenerle, cuando una tosecilla seca que se dejó oír debajo de las ventanas, le advirtió de que Dubois estaba impaciente.

Dió, pues, un paso hacia adelante para indicar á Gastón que la audiencia estaba terminada.

— Monseñor, vuelvo á encargaros que veléis por vuestra hija adoptiva : es tierna, apacible, hermosa y altiva ; es una de esas naturalezas nobles y ricas que tan raras son en el mundo. Adiós, señor duque ; voy en busca de vuestro secretario.

— ¿Y será preciso decir á esa joven que vais á matar á un hombre ? dijo el regente haciendo el último esfuerzo para detener á Gastón.

— Sí, monseñor, respondió el caballero ; sólo que vos deberéis añadir que le mato por salvar la Francia.

— Id, pues, dijo el regente abriendo una puerta que daba al jardín, y seguid la calle de árboles que os he indicado.

— Deseadme buen éxito en mi empresa, señor duque.

— ¡ Ah condenado ! dijo para sí el regente ; ¡ puede que quisiera todavía que rogase á Dios por el buen resultado de su puñalada ! ¡ Oh ! ¡ en cuanto á eso, no lo conseguirá... eso no !

Gastón se alejó ; oyóse el ruido de sus pisadas en la arena casi cubierta de nieve ; el príncipe le siguió algún tiempo con la vista desde la ventana del corredor. Después, cuando desapareció, dijo :

— Vamos, preciso es que se cumpla el destino de cada uno... ¡ pobre joven !

Y penetró en el salón, donde halló á Dubois, que le esperaba y que había entrado por otra puerta.

El rostro del abate manifestaba una expresión

de malicia y de satisfacción que no se le ocultó al regente. Miróle éste algún tiempo en silencio como para inquirir lo que pasaba en el alma de aquel nuevo Mefistófeles.

Sin embargo, Dubois fué el primero que rompió el silencio.

— Y bien, señor, ya está vuestra alteza libre ; al menos así lo espero.

— Sí, respondió el duque, pero de un modo que me desagrade mucho ; no me gusta representar papel en tus comedias, Dubois ; ya lo sabes.

— No lo dudo ; pero quizás no sería malo que vuestra alteza me diese á mi uno en las suyas.

— ¡ Cómo !

— Sí, monseñor ; serían más aplaudidas, y los desenlaces mejores.

— No sé lo que quieres decir, explicate ; vamos, habla ; está esperando una persona á quien debo recibir ahora mismo.

— ¡ Oh ! ¡ oh !... recibala vuestra alteza sin cuidado, y después volveremos á esta conversación. El desenlace de su comedia está ya arreglado, y de todos modos no ha de dejar de ser mejor ni peor.

Terminadas estas palabras, el abate se inclinó con el respeto fingido con que acostumbraba hacerlo cuando algún suceso le daba ventaja sobre el regente.

Así nada le daba más cuidado al duque de Orleans que este simulado respeto.

Detuvo á Dubois por el brazo, y le dijo:

— Vamos, ¿qué hay? ¿qué has descubierto de nuevo?

— He descubierto que vuestra alteza sabe fingir muy bien.

— ¿Y eso te admira?

— No, monseñor, pero lo siento; con algunos adelantos más en el arte, creo que haréis milagros; no tendréis necesidad de mí, y me enviaréis á cuidar de la educación de vuestro hijo, que por cierto bien necesita un maestro como yo.

— Vaya, explicate pronto.

— Tenéis razón, monseñor, porque aquí no se trata del hijo, sino de la hija.

— ¿Qué hija?

— ¡ Ah! es verdad; ¡ vuestra alteza tiene tantas! En primer lugar la abadesa de Chelles; después la duquesa de Berry; en seguida la señorita de Valois; luego las otras que son todavía muy jóvenes para que se hable de ellas, y por consiguiente para que hable yo; y por último esa magnífica flor de Bretaña, esa refama olorosa que vuestra alteza quiere apartar del emponzoñado hálito de Dubois, temiendo que su ambiente impuro la marchite.

— ¿ Osarías decir que no tenía yo razón?

— ¡ Cómo! nada de eso; habéis hecho perfectamente, monseñor, no queriendo nada con ese tunante de Dubois, lo cual apruebo, y habiendo muerto el arzobispo de Cambray, habéis buscado

en su lugar al bondadoso, al digno, al puro, al cándido Nocé, el cual, á petición vuestra, os ha cedido su casa.

— ¡ Ah! ¡ ah! exclamó el regente, ¿ también sabes eso?

— ¡ Y qué casa! Virginal como su dueño; sí, monseñor, sí; ha sido muy prudente y razonable el que se la hayáis pedido. Ocultemos bien á esa niña el mundo corruptor; apartemos de ella todo lo que pueda alterar su candor natural; por eso la introducimos en una casa en donde no se ven más que Ledas, Erigones y Dánaes, practicando el culto de abominación con cisnes, racimos y lluvias de oro; santuario moral en que las sacerdotisas de la virtud, por supuesto, bajo el pretexto de la sencillez, toman las más bellas pero las menos decorosas actitudes.

— ¡ Y ese bribón de Nocé, que me había jurado que todo era decente!

— ¿ No ha visto vuestra alteza la casa?

— Sí, pero yo no miro esas torpezas.

— Y además, como sois miope...

— ¡ Dubois!

— En cuanto á muebles, la joven hallará tocadores extraños, caprichosos canapés, camas de descanso mágicas; por lo tocante á libros, ¡ ah! tendrá los del hermano Nocé, que son conocidos como los más á propósito para la instrucción de la juventud, y que forman una feliz contraposición

con el breviario de Bussy-Rabutin, de que di á vuestra alteza un ejemplar el dia en que cumplió doce años.

— Eres una serpiente infernal.

— En una palabra, el más austero recato mora en este asilo; sin embargo, monseñor y yo no vemos las cosas de la misma manera; yo habia elegido esa casa para avivar al hijo, y vos la habéis escogido para purificar á la hija.

— Vamos, Dubois, acaba, pues ya me cansas.

— Voy á concluir, monseñor, *incedo ad finem*. Por lo demás, la señorita debia haberse hallado muy bien, porque, como todas las de vuestra familia, es una persona muy inteligente.

Estremeciöse el duque, y temió que aquel preámbulo tortuoso y la sonrisa maligna y burlona de Dubois le anunciaran alguna infausta nueva.

— Pues bien, continuó el abate, para que se vea lo que es tener espíritu de contradicción; no contentándose la joven con el aposento que el cariño paternal de vuestra alteza le habia destinado, se ha salido de la casa.

— ¡ Se ha marchado mi hija! exclamó el regente.

— Cabal.

— ¿ Y por dónde?

— Por la puerta... ¡ Oh! no es una de esas jovencitas que se escapan de noche y por las ventanas, no, señor; y si hubiera dudado un momento de que

era hija de vuestra alteza, ahora me habria convencido.

— ¿ Y la Desroches?

— La señora Desroches está en el Palacio Real; acabo de hablar con ella, y se disponia para venir á anunciaros esta novedad.

— Pero, ¿ no ha podido impedir?...

— La señorita mandaba.

— Que hubieran cerrado las puertas los criados; éstos ignoraban que era mi hija, y por consiguiente no habia razón para que la obedecieran.

— La Desroches ha temido la cólera de la señorita; pero los criados han tenido miedo de la espada.

— ¡ De la espada! Dubois, yo creo que estás ebrio; ¿ qué espada es esa?

— ¡ Ah! sí, con el régimen que sigo no bebo más que agua de achicorias... No, señor, no estoy ebrio, sino admirado al ver la perspicacia de vuestra alteza cuando quiere conducir por sí solo un negocio.

— Pero, ¿ qué has hablado de espada?

— La de que dispone la señorita Elena, y que pertenece á un apuesto y amable mancebo...

— ¡ Dubois!...

— Que la ama mucho...

— ¡ Dubois! tú me has de volver loco...

— Y que la siguió desde Nantes á Rambouillet con muchísima galantería.

— ¡ El caballero de Livry!

— ¡ Ah ! vuestra alteza sabe su nombre ! entonces nada nuevo estoy diciendo.

— Dubois, estoy confundido.

— La cosa no es para menos: pero, vea vuestra alteza lo que es ocuparse uno mismo en sus negocios cuando hay al mismo tiempo que pensar en los de la Francia.

— Pero, en fin, ¿ dónde está ?

— ¡ Ah ! ¿ dónde está ? ¿ Acaso lo sé yo ?

— Dubois, ya que me has participado su fuga, tienes que averiguar dónde se halla. ¡ Dubois, mi querido Dubois, es preciso que encuentres á mi hija !

— ¡ Ah ! señor, ¡ cómo se parece vuestra alteza ahora á los padres de Moliere y yo á Scapin !... ¡ Ah ! mi buen Scapin, mi querido Scapin, Scapinito, búscame mi hija... Señor, estoy de muy mal humor, pero en esta ocasión no quiero que nadie me exceda en generosidad; se buscará la hija de vuestra alteza, se la encontrará, y quedaréis, monseñor, vengado de su raptor.

— Bien ; vuélvemela, Dubois, y pídemela después lo que quieras.

— ¡ En hora buena ; eso es lo que se llama hablar claro.

El regente se dejó caer en un sitial, y apoyó la cabeza en las manos: Dubois creyó conveniente que se entregase á su dolor, felicitándose interiormente de aquel cariño paternal que aumentaba en extre-

mo el imperio que ejercía en el ánimo del duque. De improviso y mientras le miraba con la sonrisa que le era habitual, llamaron suavemente á la puerta.

— ¿ Quién está ahí ? preguntó Dubois.

— Señor, dijo un ujier detrás de la puerta, una señora joven que está abajo en el mismo coche que trajo un caballero, me envía á decir si es tiempo ya que salga del carruaje, ó si ha de estar esperando toda la vida.

Dubois dió un brinco y se precipitó hacia la puerta; pero era ya tarde, porque el regente había oído las palabras del ujier; y acordándose de la solemne promesa que acababa de hacer á Gastón, se levantó al punto.

— ¿ Dónde va vuestra alteza ? preguntó Dubois.

— Á recibir á esa joven, respondió el regente.

— Yo la recibiré; esto es cosa mia; vuestra alteza olvida que ha entregado en mis manos la conspiración.

— He puesto en tus manos al caballero, es cierto, pero le he prometido servir de padre á la que ama, y cumpliré mi palabra. Ya que le mato el amante, bueno es que la consuele.

— Yo me encargo de consolarla, replicó Dubois, procurando ocultar su palidez con una de aquellas sonrisas diabólicas que le eran peculiares.

— Cállate y no te muevas de aquí; todavía vas á cometer alguna infamia.

— Monseñor, á lo menos permitidme que la hable.

— Yo mismo la hablaré; esto no te toca á ti; yo me he comprometido personalmente, y he dado mi palabra de caballero. Vamos, silencio, quédate ahí.

Dubois se mordía los labios de coraje, pero cuando el regente hablaba de este modo era preciso obedecer: se acercó pues á la chimenea y esperó.

Á poco rato se dejó oír detrás de la puerta el roce de un vestido.

— Si, señora, dijo el ujier, por aquí es.

— Ahí está, dijo el duque: piensa, Dubois, que esta joven no es responsable de las faltas de su amante, y por consecuencia que le has de manifestar el mayor respeto, ¿lo entiendes?

Después, volviéndose hacia la puerta, dijo:

— Entrad.

Á esta invitación se abrió la puerta: la joven se adelantó hacia el regente, y éste dió un paso atrás como herido de un rayo.

— ¡ Mi hija! murmuró procurando recobrase de su emoción; mientras Elena, después de haber buscado con la vista por todas partes á Gastón, se detenía y le hacía una reverencia.

En cuanto á Dubois, fácil es figurarse el gesto que haría.

— Perdonad, caballero, dijo Elena, pero tal vez me he equivocado: buscaba á un amigo que

me dejó abajo, y que debía volver á buscarme, y viendo que tardaba me he aventurado á preguntar por él; acaso habrá sido un error del criado el haberme introducido aquí.

— No, señora, contestó el duque, el caballero de Chanlay ha salido de aquí en este momento, y yo os esperaba.

Pero mientras el regente decía las anteriores palabras, la joven, distraída hasta el punto de olvidarse de Gastón, parecía coordinar sus ideas; en fin, como si respondiese á sus propios pensamientos, exclamó:

— ¡ Oh Dios mío! ¡ es singular!

— ¿ Qué tenéis? preguntó el regente.

— Si, no hay duda.

— Acabad, dijo el duque, porque no puedo comprender lo que queréis decirme.

— ¡ Oh señor! repuso Elena con voz trémula, es extraño cómo se parece vuestra voz á la de una persona...

Elena se detuvo como dudando:

— ¿ Que vos conocéis?

— De una persona con quien sólo he hablado una vez, pero cuyo acento ha quedado grabado en mi corazón.

— ¿ Y quién es esa persona? preguntó el regente, mientras que Dubois se encogía de hombros no comprendiendo este semireconocimiento.

— Decía que era mi padre, respondió Elena.

— Me felicito por esta casualidad, señorita, repuso el regente ; porqué la semejanza de mi voz con la de una persona que debe seros querida, dará tal vez más peso á mis palabras : ya sabéis que el caballero de Chanlay me ha dispensado el honor de elegirme por protector vuestro.

— Al menos, me indicó que me traía á casa de una persona que podría defenderme de los peligros que corro.

— ¿ Y qué peligros corréis ?

Elena miró al rededor de sí, y sus miradas se fijaron con inquietud en Dubois, el cual no se engañaba al juzgar que su fisonomía inspiraba desconfianza á la joven, al paso que la del regente le era simpática.

— Señor, dijo Dubois á media voz, creo que estoy aquí de más, y me retiro ; por otra parte, vuestra alteza no me necesita para nada, ¿ no es cierto ?

— Sí, pero dentro de un cuarto de hora me harás falta ; no salgas de casa.

— Estaré ahí fuera á las órdenes de vuestra alteza.

Esta conversación tuvo lugar en voz demasiado baja para que Elena pudiese oírla ; además, por discreción había dado algunos pasos atrás, y continuaba fijando sucesivamente la vista en cada una de las puertas, esperando por instantes ver entrar por una de ellas á Gastón.

Dubois se retiró, pensando, para consolarse, que la que acababa de chasquearle presentándose sin aguardar á que él la saliese al encuentro, se vería burlada en sus esperanzas.

Luego que Elena y el duque quedaron solos respiraron con más libertad.

— Sentaos, señorita, dijo el duque ; tenemos que hablar largamente ; tengo muchas cosas que deciros.

— Caballero, una sola quiero saber antes que todas : el caballero Gastón de Chanlay no corre ningún peligro, ¿ no es verdad ?

— Hablemos primero de vos, y después trataremos de ese caballero : os ha traído á mi casa como á la de un protector. Vamos, decid, ¿ contra quién debo protegeros ?

— Todo lo que me está sucediendo desde hace algunos días es tan extraño, que no sé de quién debo temer ni de quién fiarme tampoco ; si Gastón estuviese aquí...

— Sí, ya comprendo ; y os autorizase para decirme todo, no tendríais secretos para mí. Pero, veamos ; si yo os demostrase que sé todo cuanto os concierne ..

— ¡ Vos, señor !

— Sí, yo : ¿ no os llamáis Elena de Chaverny ? ¿ no habéis sido educada entre Nantes y Clisson en un convento de Agustinas ? ¿ Un día no recibisteis de un protector misterioso que vela por vos, la

orden de dejar el convento en que os habéis criado? ¿No os pusisteis en camino en compañía de una religiosa, á quien regalasteis cien lises en recompensa de su trabajo? En Rambouillet, ¿no os esperaba una mujer llamada Desroches? ¿No os anunció ésta la visita de vuestro padre? ¿No se presentó por la noche una persona que os amaba y que ha creído que la amabais?

— Sí, señor, todo eso es cierto, contestó Elena admirada de que un extraño hubiese podido retener en la memoria todos los pormenores de estos sucesos.

— Después, á la mañana siguiente, el caballero de Chanlay, que os ha seguido bajo el nombre de Livry, ¿no se presentó á haceros una visita, á la cual en vano quisó oponerse vuestra aya.

— Es verdad, y veo que Gastón os lo ha dicho todo.

— Luego os dieron la orden de venir á París; vos quisisteis oponeros á esta orden, pero os fué preciso obedecer. Os llevaron á una casa del arrabal de San Antonio, pero allí el cautiverio os ha parecido insoportable.

— Os engañáis, caballero, respondió Elena; no ha sido el cautiverio, sino la casa que servía de cárcel.

— No os comprendo.

— ¿No os ha manifestado Gastón sus temores,

que yo al principio creí exagerados, pero que después he venido á participar de ellos?

— No; decid, ¿qué temores pudisteis tener?

— Pero si él no os lo ha dicho, ¿cómo os lo he de decir yo?

— ¿Hay algo que no se pueda decir á un amigo?

— ¿No os ha dicho que ese hombre que al principio creí que era mi padre?...

— ¿Qué creísteis?...

— ¿Sí, os lo juro; al oír su voz, al sentir su mano estrechar la mía, no he tenido ninguna duda, y ha sido después necesaria casi la evidencia para que mi corazón, lleno ya de amor filial, diese ya entrada al temor.

— No comprendo, señorita, acabad; ¿cómo habéis podido temer á un hombre que, según lo que me decís, parecía amaros tanto?

— ¿No comprendéis que fué un pretexto frívolo el de que se valieron para hacerme venir de Rambouillet á París; que me pusieron en esa casa del arrabal de San Antonio, y que esa casa habló más claramente á mis ojos que hubieran podido hacerlo las sospechas de Gastón? Entonces me ví perdida: aquella fingida ternura de un padre ocultaba la intriga de un seductor. No tenía otro amigo que Gastón, le escribí y fué á verme.

— De modo que, exclamó el regente lleno de gozo, ¿el haberos salido de esa casa fué por huir de un seductor, no por seguir á un amante?